

HOMILÍA DEL MINISTRO GENERAL AL CAPÍTULO GENERAL OFS

S. Sebastián Extramuros, 17 noviembre 2021

La oración de colecta que ha abierto nuestra celebración nos ha hecho **pedir la gracia** de reconocer a Cristo en los pobres y necesitados: poder reconocer es un don que procede de Dios, como San Francisco dice en el Testamento: *el Señor me concedió a mí...*

Todo procede de Él, que es el Sumo Bien, todo el Bien: toda la vida de Santa Isabel transcurrió bajo el signo de esta gracia de poder reconocer el don de Dios a través de los pobres y los necesitados, que tenemos el privilegio de poder servir con caridad. De esta forma, estamos protegidos del egoísmo del mundo, del que habla la liturgia de hoy, que asume el rostro de nuestro individualismo, es decir, cierta autosuficiencia o autosatisfacción que se puede notar también en las obras de caridad que completamos.

También el claro del Evangelio – *venid bendecidos por mi Padre* – nos dice que el ser bendecido significa recibir una gracia, entre otras la de poder reconocer a Cristo en los necesitados. No es una gracia cualquiera, sino que nos llega como un carisma propio, un don para el bien común. ¡Cuántas veces nos cuestionamos sobre nuestra identidad! Y aquí se nos recuerda que es, ante todo, un don que recibimos. ¡No lo olvidemos!

En Santa Isabel, este don brilla como un carisma y nos hace ver que *«para orientar adecuadamente los actos de las distintas virtudes morales, es necesario considerar también en qué medida estos realizan un dinamismo de apertura y unión hacia otras personas. Ese dinamismo es la caridad que Dios infunde. De otro modo, quizás tendremos sólo apariencia de virtudes ... San Buenaventura, con otras palabras, explicaba que las otras virtudes, sin la caridad, estrictamente no cumplen los mandamientos “como Dios los entiende”»* (Fratelli tutti 91).

El don de Dios ha aumentado en ella por la apertura a los demás, superando la tendencia natural a cerrarse en uno mismo. Y aquí esta joven mujer ha vivido el corazón de su fe. Sabemos que *“En su profunda sensibilidad, Isabel veía las contradicciones entre la fe profesada y la práctica cristiana. No soportaba los compromisos”* (Benedicto XVI, Catequesis del 20 de octubre de 2010). En su tiempo, como en el nuestro, es fácil caer en esta brecha. Quizás en la sociedad cristiana de Isabel todavía más. Hoy estamos “obligados” a un testimonio más veraz y el de la caridad está en el centro.

Por eso en la Colecta hemos pedido: *... concédenos también servir con incansable caridad...* Nos preguntamos entonces: ¿cómo servir a los pobres? ¿Cómo reconocer a los necesitados de hoy y las necesidades de hoy? ¿Cómo hacerlo como franciscanos y franciscanas en un mundo habitado por “oscuras sombras”? ¿Y cómo vivir aquí el don de nuestra vocación y nuestro testimonio?

El Papa Francisco, en su homilía del 14 de noviembre pasado, dijo de forma fulminante: *“Se nos pide esto: ser, entre las ruinas cotidianas del mundo, incansables constructores de esperanza”*. Con sus decisiones evangélicas, Isabel dijo con su vida que hay esperanza para los pobres, por supuesto, pero también para aquellos que se creen ricos en su autosuficiencia. Al servir a los pobres, crece la esperanza para todos, servidos y siervos, todos pobres de la misma forma.

Esta esperanza se alimenta porque – como nos hace decir la oración tras la Comunión – pedimos de nuevo la gracia de entregarnos al Maestro y Señor que se nos ofrece en el pan eucarístico, para imitar el ejemplo de Santa Isabel que tras su entrega total a Él pudo convertirse en hermana de los necesitados y de los pobres. Es una esperanza fundada sobre la caridad de Cristo que se ofrece a todos para que aprendamos a entregarnos a Él a través de sus vicarios, el prójimo, sobre todo los pequeños y los pobres.

El Capítulo general que estáis celebrando como Orden Franciscano Seglar encuentra en esta fuente la raíz del carisma común, para ser todavía hoy en las diferentes situaciones y contextos del mundo una transparencia del Evangelio de Jesús, según la forma de vida de Francisco, Clara e Isabel. De aquí vienen algunas invitaciones que os dirijo:

- Ser apasionados de Cristo, mientras lo somos del mundo, de las personas con las que estamos en el camino, de los pobres.
- Amar la realidad, porque en ella reconocemos las huellas de la presencia y de la obra santa del Espíritu del Señor, que nunca se cansa.
- Escuchar la voz de Dios, con San Francisco de Asís que *«ha escuchado la voz de Dios, ha escuchado la voz del pobre, ha escuchado la voz del enfermo, ha escuchado la voz de la naturaleza. Y todo esto lo ha transformado en un estilo de vida. Espero que la semilla de San Francisco crezca en tantos corazones»* (Papa Francisco).
- Dejarse transformar por la presencia del Señor, a la que exponernos en la escucha orante de la palabra de Dios: aquí es donde podemos ser gradualmente transformados por la fuerza del Espíritu para llegar a ser trabajadores e incansables en la caridad.

Deseo que podáis recorrer estos caminos con confianza, para ser hoy constructores de esperanza, incansablemente y con alegría. Cuánto lo necesita nuestro mundo, al que Dios ama, y también nuestra familia. En la unidad entre el amor de Dios y el amor del prójimo podemos recorrer estos caminos, como Isabel nos muestra.

Por ello, concluyo con las palabras de Benedicto VI en la Audiencia General de 20 de octubre de 2010:

... en la figura de Santa Isabel vemos como la fe, la amistad con Cristo crean el sentido de la justicia, de la igualdad de todos, de los derechos de los demás y crean el amor, la caridad. Y de esa caridad nace también la esperanza, la certeza de que somos amados por Cristo y que el amor de Cristo nos espera y nos hace capaces de imitar a Cristo y de ver a Cristo en los demás. Santa Isabel nos invita a redescubrir a Cristo, a amarlo, a tener fe y así encontrar la verdadera justicia y el amor, así como la alegría de que un día estaremos inmersos en el amor divino, en la alegría de la eternidad con Dios.

En alabanza de Cristo. ¡Amén!